III

Catorce años pasaron así con extremada rapidez.

Entonces comprendí que había llegado el momento en que tenía que separarme por algún tiempo de mi hija, y la envié durante unos diez meses a las Ursulinas de Nevers, para completar su educación.

Cuando volvió del colegio era ya una mujer, linda y esbelta como una palmera, con un no se qué de debilidad y fragilidad en el conjunto, que la hacía aún más interesante, y que era tal vez debido a su rápido crecimiento.

María estaba como impregnada de un encanto indefinible, que llegaba hasta el corazón de cuantos la veían, y este encanto produjo su efecto natural sobre uno de mis compañeros de caza.

Era éste el vizconde Bernardo de Montjeu, hijo de mi mejor amigo y constante compañero de mis excursiones.

El conde de Montjeu tenía algunos años más

que yo y vivía al otro lado de Chateau-Chinon, a unas siete leguas de Brault; pero ferviente adorador de San Humberto y menos favorecido de la suerte que yo, pues en lugar de bosques sus posesiones consistían en inmensos prados para pastos y en tierras de siembra, no tenía donde cazar y pasaba la mitad del tiempo en Brault, donde encontraba sus habitaciones siempre dispuestas a recibirle.

Padre e hijo estaban dotados de una fuerza poco común, y ambos eran morenos, fornidos y de elevada estatura; cuidaban más de sus caballos que de ellos mismos, como buenos campesinos, y eran alegres, francos y nobles, por sus sentimientos aun más que por su cuna, teniendo una severidad casi excesiva—si en ello puede haber exceso—en todo lo concerniente al honor.

Más ricos de lo que reclamaban sus necesidades, les sobraba una gran renta, con la cual hacían mucho bien a los pobres; pero eran extremadamente severos con los cazadores furtivos.

Hubieran perdonado con gusto al ladrón que les hubiese robado sus sacos de trigo o la leña de sus bosques; pero hubiesen condenado a cadena perpétua, si esto fuera posible, a todo aquel que les robase un par de perdices en tiempo de veda.

Nuestros principios eran iguales en esa materia, pues puedo aseguraros, que aunque cortasen toda

ía leña de mis bosques, la hierba de mis prados, las frutas de mi huerto y las flores de mis jardines, no me hubiese preocupado; pero el ladrón que viniese a matarme mis conejos, mis ciervos y hasta mis lobos, pasaría un mal cuarto de hora si en aquella época se encontrase sorprendido por mí.

Habíamos llegado a principios de 1827, y Bernardo de Montjeu me había pedido la mano de mi hija. Yo no experimenté ninguna repugnancia en concedérsela, sino que, por el contrario, la alianza con mis antiguos amigos, a quienes tanto quería yo, y los cuales simpatizaban conmigo en ideas y en carácter, colmaba mis secretos deseos.

Unicamente, y a causa de la debilidad de María, pedí que no le dijesen nada de nuestro proyecto hasta que su salud se hubiese afirmado por completo.

Y todo quedó convenido.

Seguro Bernardo del amistoso afecto de la que consideraba como su prometida, se resignaba sin trabajo a aquella corta demora, cuando sobrevino un incidente que trastornó por completo nuestra vida.

Creó inútil afirmaros que en aquel tiempo éramos todo lo dichosos que pueden ser en este mundo los que pueden limitar sus ambiciones, y nosotros nada ambicionábamos.

Yo había perdido a mi mujer; pero su recuerdo estaba siempre tan vivo en mi imaginación, y llenaba hasta tal punto mi alma, que jamás me ocurrió la idea de pensar en un segundo matrimonio.

María reemplazaba a su madre en mis afecciones, y a ella sola la consagré todo el amor que antes tenía a mi mujer.

En los bosques estábamos rodeados de gentes pacíficas y contentas con su suerte, hasta las cuales no llegaban los ruidos mundanos, sino muy de tarde en tarde.

La música de las fanfarrias y los ladridos de los perros animaban sin cesar nuestra soledad, haciéndonos gozar de las cacerías.

Vivíamos rodeados de la abundancia de todo y en medio de la más perfecta tranquilidad.

Pero ¡ay! un soplo envenenado debía venir muy pronto a marchitar la flor de aquella felicidad tan grande.

He aquí lo que sucedió:

Los bosques de Brault estaban divididos en trozos, en cada uno de los cuales se hacía la corta anualmente; pero yo, deseando no estropear los caminos con el paso de los carros y vivir en paz, en ausencia de obreros extranjeros al país, tenía la costumbre de no vender las maderas más que cada tres años.

De este modo pasábamos dos inviernos, sin estar obligados a ocuparnos de la tarea de ventas, que siempre es enojosa, y sólo cada tercer año nos dedicábamos a ella.

Este procedimiento tenía el inconveniente de hacerme vender más barato, a causa de la gran cantidad de maderas que acumulaba; pero ¿qué me importaba el dinero?

Lo que yo quería, ante todo, era ser dueño de mi casa y de mis dominios, y no encontrarme leñadores que detuviesen mi paso.

Por esta razón no permitía nunca que se trabajase más que en una parte de mis bosques, y que estos trabajos de corta de leñas y de maderas se emprendiesen lo menos a menudo que fuese posible.

Una vez hecha la corta en el bosque, reparados los caminos y lejos ya los jornaleros y contratistas de leñas y maderas, nada turbaba nuestras cacerías y ningún ganapán tenía pretexto para errar a través de mis propiedades, destruyendo mi caza.

Fiel a mi sistema, hacia fines de 1826 había yo vendido a los dueños de un gran almacén de maderas de Clamecy, los hermanos Benoist, una corta considerable, más bien por su extensión que por su calidad: trescientas hectáreas a un tiempo.

El precio fué de cien mil y pico de francos.

Para explotar aquella corta se necesitaba mucha gente, como podéis pensar.

Los leñadores de Clamecy pasan hoy por tener muy mala cabeza, y en aquel tiempo no gozaban de mejor reputación.

Pues bien, una verdadera nube de esta gente cayó entonces sobre Brault, como esas bandadas de ánades que se ven en nuestros estanques cuando hiela.

Fué un verdadero desastre.

Por el día, todos aquellos hombres que habían venido a poblar nuestros campos solitarios, trabajaban con ahinco; pero por la noche se dedicaban a la caza furtiva.

Los podadores, los leñadores y los carboneros, estaban de acuerdo para robar y destruír nuestra caza.

Brault era un país conquistado, en el que ellos se entregaban por completo al pillaje.

Los guardabosques no sabían ya qué hacer y cada mañana se encontraban con un nuevo delito.

Tan pronto era un ciervo el que hallaban colgado de un árbol, como liebres ahogadas en lazos, o jabalíes fusilados a la luz de la luna; una carnicería, en fin, sorda e incesante, que no se acababa y con nada se satisfacía.

Empecé por perdonar; pero no tardó en ago-

tarse mi paciencia al ver que de nada me servía ser magnánimo.

Tres hombres, sobre todo tres carboneros, se distinguían por su incorregible audacia.

Una manada de lobos hubiese hecho menos daño que cualquiera de ellos hacía.

Eran auverneses, de la parte de Montaigut, dos hermanos, Juan y Mariont Congnat... Tengo sus nombres bien grabados... Y el tercero, primo de los anteriores, se llamaba Martin Rabaud.

Jamás he visto una cara más vil, más antipática y más bestial que la de este monstruo.

Los dos primeros eran morenos, y de tal modo barbudos, que su rostro desaparecía por completo bajo aquella espesa maleza de cerdas que sólo dejaba ver la nariz, la estrecha y deprimida frente y los ojos pequeños y siempre entornados, como los de esos animales que andan por la noche y descansan por el día.

Con sus hombros cuadrados, sus nervudos brazos y su fuerza hercúlea, eran tan infatigables para el trabajo como para allanar y devastar mi monte.

Los dos estaban llenos de vigor y de energías, pues no tendrían más que treinta y seis o treinta y ocho años.

Si su aspecto era antipático, el de su primo, Martín Rabaut, era odioso.

Su vista producía la impresión que se siente ante

un animal venenoso que se arrastra por el suelo.

Los Congnat eran morenos; pero Rabaud era rojo, o, por mejor decir, tenía los cabellos de un color amarillo sucio.

Es imposible imaginar nada más falso, más horrible que aquella fisonomía esquiva, con ojos verdosos, de mirar inquieto, torvo, traidor y tortuoso, por decirlo así. Su paso era pesado, como el de las hienas, y no había nada más cruel ni más repugnante que aquella boca contraída, siempre dispuesta a morder, eludiendo la responsabilidad, por detrás, sin franqueza y a traición.

Si se comparaba a éste con sus dos primos, parecía que ellos eran la representación de la fuerza, mientras él representaba la astucia, la perfidia y el veneno, pero con algo de viscoso, rastrero y ruin.

Jamás miserable alguno me había inspirado un sentimiento de repulsión semejante al que me inspiraba aquel hombre.

Una mañana le trajeron a mi presencia entre dos guardas.

Siempre me acordaré de su actitud temerosa y amenazadora al propio tiempo.

Era la quinta vez que le habían cogido en flagrante delito.

Aquel día acababa de estrangular un magní-

fico cerbato en uno de los lazos que con tanta destreza les tendía.

—¿Que tenéis que decir a esto?—le pregunté, cruzándome de brazos delante de él.

Aquel hombre me miró con mal disimulada insolencia, y replicó:

—Poca cosa, señor; únicamente os diré que el pan seco es duro y desabrido si no se le acompaña de cuando en cuando con un buen trozo de caza.

—Ya se os ha cogido en dos o tres ocasiones y se os ha perdonado; pero sois incorregible. Os aconsejo una vez más que abandonéis el país y nos dejéis en paz, si no queréis obligarme a que os castigue severamente.

—¿Y adónde queréis que vaya, Dios mío? Hoy escasea mucho el trabajo, y cuando se encuentra en alguna parte no se puede dejar así como así.

—Parece que tenéis empeño en permanecer aquí.

—¡Ya lo creo!

—Pues ya en una ocasión me habéis obligado a pedir que os despidieran los contratistas para quienes trabajais.

—Ya lo sé.

—Y me lo negaron.

—Porque mis primos y yo sabemos trabajar

bien, y el amo no encontraría nadie, de seguro, que pudiese reemplazarnos.

—En ese caso tendré que defenderme de vosotros por mí mismo, y a no ser que me prometáis no volver a incurrir...

—En prometerlo no hay ningún inconveniente; en lo que lo hay es en cumplirlo.

Martín Rabaud se burlaba de mí, en mi propia cara, con el mayor descaro.

En aquellos tiempos mi sangre hervía con facilidad.

Precisamente en el mismo momento los dos hermanos Congnat llegaban, conducidos por otros guardas, que traían un jabalí, aún caliente, que habían dejado muerto sobre la nieve, de un tiro a boca de jarro.

Mi cólera no tuvo entonces límites.

—Mañana — grité — iréis a explicaros todos ante los jueces de Chateau-Chinon, y como no es este vuestro primer ensayo en el arte de bandidos, ireis a la cárcel, y de este modo no volveré a oír hablar de vosotros.

Yo había rogado a los hermanos Benoist que me librasen de aquellos lobos dañinos; pero me habían respondido muy cortesmente, demostrándome la imposibilidad de encontrar gentes capaces de sustituirlos, sobre todo en la faena de hacer carbón, y como tenían que concluír en el breve

plazo que yo les había fijado, un trabajo de tanta importancia, no tuve más remedio que ceder a sus razones.

El mayor de los Congnat dijo:

—Hay que dispensarnos, señor marqués, porque somos unos pobres... Aunque nos prendan y nos metan en la cárcel, el cervato y el jabalí no resucitarán, y nosotros quedaremos en la miseria.

Su acento humilde me conmovió y me hizo reflexionar.

Ya iba a dejarme enternecer, cuando el menor, Marion, vino a echarlo a perder todo.

—Calla, hermano; ¿no ves que lo que quieren estos nobles—dijo—es devorar la carne del pueblo?

La sangre subió a mi rostro.

Martín Rabaud colocó una mano sobre el hombro de su primo, y dijo:

—Tienes razón, chico... Para pagar la prisión cogeremos algunas liebres más, y eso será lo mejor. Vámonos.

Juan se encogió de hombros.

—Como queráis—dijo—; por algunos días de prisión nadie se muere.

En aquel momento salía mi hija de la casa, ya vestida para montar a caballo, con su amazona gris y con un gran sombrero de alas anchas sobre sus rubios cabellos.

—¿Qué han hecho esas pobres gentes?—me preguntó señalando a los tres carboneros.

—Son unos "pobres" merodeadores que lo llevan todo a sangre y fuego.

—Perdonadlos, padre mío.

—No, porque volverán mañana.

Mi hija se dirigió entonces a uno de los Congnat.

—Prometedme no tender más lazos—, les dijo sonriendo.

—¿Y de qué nos vamos a mantener entonces, hermosa señorita?—repuso con sorna Martín Rabaud—, ¿del aire de los campos?

—Vamos, prometedlo.

—No sé por qué nos hemos de echar todos boca abajo—dijo entonces Marion Congnat—por haber cogido un ciervo que no vale cinco céntimos...

—No es necesario que os pongáis boca abajo—continuó María con su inalterable dulzura—; pero se debe reconocer que se ha obrado mal y no cuesta nada decir una palabra para excusarse.

Los tres hombres se consultaron con la mirada.

Martín Rabaud fué el primero en romper el silencio.

—Vamos—dijo a los otros dos.

Y arrojándome una mirada de odio, prosiguió:

—Ahí os queda la caza, y si nos denunciáis,

pagaremos la prisión; pero tened cuidado, porque podemos vengarnos cuando llegue la ocasión... Salud, señor marqués...

Me quedé pensativo y silencioso, y no dí parte a los tribunales.

Dos o tres días después, fueron de nuevo cogidos por mis guardas en el momento en que acababan de dejar muerta de un tiro a una hermosísima corza.

El tribunal de Chateau-Chinon les condenó a seis días de prisión y cien francos de multa, que tuvieron que pagar con las costas.

Estos gastos no estaban por encima de sus medios, pues tanto Rabaud como los hermanos Congnat tenían bastantes ahorros.

Hábiles obreros, ganaban buenos jornales, que guardaban íntegros, pues eran nulos sus gastos, porque vivían en una choza de carboneros, y no tenían por consiguiente que pagar casa, y en cuanto a la manutención, la caza furtiva en que eran maestros, les proveía en abundancia de alimento.

En aquel tiempo, nuestro Morvan era un paraíso para los cazadores.

Los tres carboneros vivían en una choza, en medio de un sitio que se llama La Venta del Lobo.

Aquella choza era una especie de pabellón, cubierto de una pirámide de hojarasca, que la servía de tejado, con una chimenea de arcilla amasada,

de donde se escapaba el espeso humo de los húmedos sarmientos con que aquellos hombres se calentaban.

Por desgracia, yo estaba condenado a tenerlos por huéspedes en mis posesiones durante todo el año.

No debían salir de Brault hasta que acabasen su explotación los hermanos Benoist, es decir, el 1 de enero.

Hasta esta época tenían que estar allí haciendo el carbón, aunque ya los leñadores debían haber partido mucho tiempo antes.

Desde que el Tribunal de Chateau-Chinon dictó su condena, no volví a ocuparme de ellos, e hice todo lo posible por olvidar que existían aquellos hombres, cuya sola vista me había causado siempre una impresión de indecible repugnancia.

Me resigné a los inconvenientes que traía su presencia en mis posesiones, y evité siempre el encontrarme con ellos.

El dominio es muy vasto, y los hermanos Benoist, con todos sus trabajadores, no ocupaban una décima parte de él.

Podíamos, pues, cazar por otro lado.

Por desgracia, si yo había olvidado a los tres bandidos, no les había sucedido lo mismo a ellos con respecto a mí.

Aquel animal venenoso de Martín Rabaud, ha-

bía hablado de venganza, y no iba a tardar en probarme que tenía buena memoria y sabía cumplir sus amenazas.

Todavía se apresuran y se hacen más violentos los latidos de mi corazón al pensar en aquel hombre.

Su venganza debía ser horrible y digna de un miserable como él.

Entonces ni aun la hubiera yo podido imaginar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Al llegar aquí, el marqués de Brault se detuvo, como si la emoción le hubiese cortado la palabra.

Extendió su mano derecha y agitó violentamente el cordón de la campanilla, que pendía a uno de los lados de esa misma chimenea.

No tardó en abrirse la puerta que daba a la cocina, dejando paso al anciano criado del marqués, que era, como su amo, de elevada estatura, aunque estaba ya algo encorvado y tenía los cabellos blancos como la nieve.

—Prevot, amigo mío—ordenó el marqués—, tráeme una botella de Oporto.

Prevot se inclinó y salió .

—El pobre muchacho—dijo el marqués, incurriendo en una equivocación muy general entre las gentes de su edad, que llaman muchachos a los que son tan viejos como ellos—podría contaros mejor que yo esta historia, que conoce punto por punto,

30571